

La Luz

¿Para qué? He decidido que hoy será un día maravilloso. Por fin voy a cumplir mi objetivo por el que he luchado tanto tiempo, por el que he sacrificado tanto. En mi vida he tomado decisiones trascendentes, decidí estudiar medicina; decidí no aceptar la invitación de Carlos; decidí que el lograr aumentar el tiempo de vida de las personas sería el enfoque de mis estudios de especialidad y doctorado. El taxi que contraté el día anterior ha llegado a tiempo, rápidamente cierro la puerta de la habitación y salgo del hotel, realmente no me interesa la belleza del paisaje, ni la conversación del chofer que creo se centra en querer cobrarme un poco más por la distancia que tiene que atravesar. El chofer me es totalmente indiferente y sólo me concentro en hojear mis apuntes y las investigaciones que he llevado a cabo. Tengo sólo una hora y sólo hoy para entrevistar a Lucile Randón. Por fin llegamos y cuando le menciono al chofer que por favor me espere, una sonrisa y su actitud cambian totalmente, ya que le he indicado que le pagaré todo ese tiempo de espera. Ese hombre al que no le he dirigido más que algunas palabras para indicarle la dirección y decisión de esperarme en el estacionamiento del asilo, me sorprende y conmociona al corregirme diciendo que se llama residencia de ancianos. Subo las escaleras pensando cuál sería la mejor forma de llamarlo y aparecen en mi mente varias formas: asilo, residencia de descanso o de viejitos, ninguna me satisface porque todo término lo siento peyorativo. Enfrascada en mis pensamientos, sin darme cuenta, llego a la recepción que parece la entrada de un hospital, su piso de mármol que más que lujo trasmite frialdad, con un mostrador gris en el que a través de un vidrio un hombre flaco de mediana edad sin mucho interés me pregunta que qué se me ofrece; en mi deficiente francés logro comunicarle que tengo una cita para ver a uno de sus pacientes, pude usar huésped, pero paciente es de las pocas palabras que sé en ese idioma y creo define mejor la situación. Me pide que tome asiento en un sillón con más años que la persona que voy a entrevistar y eso que Lucile tiene 118 años. A los pocos minutos llega una enfermera muy sonriente, me dice que podré ver a Lucile y me indica que la siga, me levanto y lo hago a través de un pasillo oscuro que conduce a una sala con chimenea, se ve que nunca la prenden y sólo está de

adorno, la enfermera lleva un paso rápido y yo con tres obstáculos que según yo me daban un aire muy profesional: la computadora, los tacones y la falda, camino más lento. Llegamos a un cuarto que tiene sólo una silla, eso sí, más moderna que aquel sillón que he dejado atrás, pero muy vieja. En una de las paredes hay un cuadro de una marina agitada por el viento, descolorida por el paso del tiempo y a mí parecer con los suficientes años de polvo para darle un efecto de nostalgia. La enfermera me pide que me siente y espere, así lo hago. Pese a que tengo que acomodar la computadora en mis piernas encuentro la forma.

Ella desaparece por algunos instantes y cuando oigo que se acerca nuevamente, mi expectación y ansiedad, así como mi corazón se aceleran de emoción.

El primer encuentro. En una silla de ruedas empujada por la enfermera sonriente, no podría decir que sentada, tal vez sea más apropiado mencionar que estaba colocada y amarrada con una especie de mascada que hacía las veces de cinturón, un cuerpo del tamaño de una niña de 12 años, pero demasiado delgado para poder soportar una cabeza que parecía pesar el doble que cualquier esfuerzo por sostenerla. A través de lo que alguna vez fue piel y ahora sólo es una pequeña capa transparente se vislumbran todas las venas; ese conjunto de arrugas, manchas y moretones dan una sensación de fragilidad que denotan que con sólo el roce se podría romper. Sus ojos eran en realidad pequeños orificios, el izquierdo todavía más pequeño que el otro, pero dejaban ver un aro completamente blanco por el que era imposible detectar si es que alguna vez la hubo, alguna conexión con el alma. Lucile vestía de monja, llevando una cofia de color azul. Ella muy limpia, pero olía, en realidad apestaba a deterioro.

Tardé varios minutos en reaccionar, no es que no hubiese visto a la vejez de frente antes, sino era la primera vez que me enfrentaba al desgaste total por el paso del tiempo. El sillón, la silla y el cuadro eran jóvenes al lado de aquello. Era tanto mi estupor que sólo murmuré: «Je suis Clara, je suis docteur, je veux savoir pourquoi tu as vécu tant d´années». Esas palabras, en forma de oraciones cortas y la pronunciación entrecortada demostraban mis nervios y la poca atención a mis clases de francés. Me sentí una imbécil y más cuando Lucile no contestó. Pensé que tendría que volver a repetir mi ridícula introducción y me encontraba

reflexionando una forma más correcta para expresarme, pero antes de pronunciar alguna otra palabra, Lucile me dijo muy claro: «pourquoi veux-tu vivre si longtemps?» No hubo necesidad de consultar mi diccionario, entendí, pero no pude contestar.

~ Esa noche. Estaba parada en la orilla, al borde del abismo, veía cómo a mis pies se extendía una negrura profunda. Tenía miedo y un terrible dolor, no sabía cómo actuar, ni qué hacer. Comenzaba a llover, ya no importaba. No era posible llegar a ese nivel de impasibilidad. Pero había llegado. De pronto a mis pies se había formado un pequeño charco en el que mi figura se veía reflejada. Observaba con detenimiento, mis piernas, mi tronco, mi cabello, hasta llegar a mi cara. En ella se veía reflejada tristeza y agotamiento. Detecté que estaba muy cansada, cansada de lo mismo, cansada de luchar, cansada de ver que la vida es difícil, que haciendo y dando lo mejor, muchas veces obtenía todo lo contrario, cansada de seguir escuchando: “por algo pasan las cosas”, cuando esa oración no tiene sentido; nunca he encontrado ese “algo”, creía que sólo era un consuelo ante la imposibilidad, ante el eterno, cruel y siempre presente: “pasado”. Un pasado que dando vueltas en mi cabeza no me permite modificarlo, así que lo que hago es mejor olvidar. Y eso es precisamente lo que quería hacer, olvidaría todo, en forma definitiva y para siempre, no recordaría y así quitaría todo dolor.

Seguía contemplando mi cara y veía algo que no había detectado antes, seguramente ya estaban ahí pero no me había percatado de su presencia. Una profunda comisura junto a ambos ojos y al fijarme detenidamente no sólo ahí, sino también exactamente junto a los labios. Me asustaba y empezaba a analizar cada uno de los detalles, de improviso veía un resplandor en mi cabello de color platinado que a la luz generaba un destello. Cuestionaba profundamente el significado de aquellos signos y preguntaba «¿qué son?» Mi desesperación se acentuaba, quería gritar y dar un paso, sólo uno. Una fuerza interna me detenía ¿será que empezaba a hablar conmigo misma? Interiorizaba y reflexionaba. Me daba cuenta que cada signo tenía un significado. Descubría que la profunda comisura junto a ambos ojos no era otra cosa que el camino que el llanto había trazado en su lucha por salir constantemente del interior de mi ser. La línea

marcada junto a mis labios era la respuesta que le he dado al tiempo al susurrarme en mi oído: «un día más» y yo contestando: «un día menos». El color platinado en mi cabeza significaba el desgaste por el dolor de mis pensamientos. Con el apoyo de esas respuestas, daba el último paso y justo en ese momento escuchaba un fuerte: ¡No!, ¿Quién podía ser capaz de escuchar mis pensamientos en la nada y al borde del precipicio? Sólo estábamos la soledad y yo.

Volvía a contemplar mi reflejo y por un instante observaba y sin más preámbulo y claramente estaba cara a cara con la vejez. La saludaba, le hablaba de frente, su mirada implacable y cruel, incapaz de inmutarse. La miraba, en realidad la desafiaba, no podía dejar de percibir que se burlaba de mí. Tenía demasiada fuerza y de pronto comenzaba a hablar, me insultaba, y al hacerlo me desarmaba, nunca esperaba ser atacada tan abruptamente, era incapaz de contestar y era lógico en mi profunda depresión.

Fue en ese preciso instante, en el que mi fuerza y coherencia estaban a punto de desaparecer, cuando mirando nuevamente mi reflejo observé una luz, una Luz que me inspiraba, no sé de dónde venía, pero era la fuerza y la voluntad para seguir. No desaparecía la imagen de la vejez, pero veía ahora la realidad. La comisura junto a mis ojos era el camino que todos mis recuerdos habían tomado para que mis ojos los hubiesen mirado, era mi mirada que albergaba mi andar. La comisura de mis labios eran todas las alegrías que se habían quedado junto a mi boca para recordarme lo feliz que había sido, era mi gozo convertido en el sonreír. El resplandor de mis cabellos representaba el tesoro de sabiduría que mi cabeza albergaba y que valía la pena ser guardado, era la plata de mi saber, eran los recuerdos que guardaba. Mi cuerpo era mi fortuna, mi vida era mi tesoro. Daba en ese momento el paso que me alejaba del abismo y así decía sí a seguir.

~ Despierto. Lucile ha dejado una profunda marca en mí.

Pienso en el taxista que en unos momentos volveré a ver para llevarme al aeropuerto, ahora lo primero será preguntarle su nombre, lo trataré con respeto. Estoy en medio de la noche, llamo a Carlos y le digo: sí y con ese sí no sólo acepto enfrentar el miedo, sino también enfrentar lo que más miedo me da: vivir y así encontrar la respuesta a ¿para qué quieres vivir tanto?